



LOS BARGOS DE VAPOR.



CAMINOS DE HIERRO.

COMERCIO.

CANALES. NAVEGACION.



El juego de las máquinas de vapor está fundado en dos principios, á saber: el desarrollo de la fuerza elástica del vapor acuoso por medio del calor, y su precipitación súbita por el frío. La utilidad de estas máquinas es una verdad re-

conocida generalmente en nuestro siglo, y sus aplicaciones multiplicadas son hijas de la mas acertada investigación, habiendo llegado á obtener un grado de perfeccion que acaso no hubieron de sospechar sus primeros inventores.

Muy larga y disputada ha sido en el mundo científico la averiguación de quienes fueron estos, y apenas puede todavía fijarse, habiendo de recurrir para ello á la mas remota antigüedad. Heron de Alejandria, llamado el anciano, que vivia por los años 120 antes de Jesucristo, imaginó un pequeño aparato que ofrece sin duda por motor la aplicación del vapor acuoso, y se halla descrito en el tratado que tiene por título *Spiritilla seu pneumática*, y es conocido por el nombre de *máquina de reaccion*. Pero esta aplicación del vapor, si fué conocida en aquellos remotos siglos, quedó completamente olvidada, y no la vemos aparecer hasta mediados del XVI de la era cristiana, en que uno de aquellos géneos insignes que preceden á una época de civilización, y pasan desgraciadamente incógnitos por falta de apoyo en la opinión de sus contemporáneos, adivinó el poder mágico de aquel asombroso agente, y no solo lo imaginó sino que lo aplicó espresamente á la navegacion. Y este hombre ilustre, casi desconocido en su época, y olvidado del todo por las posteriores, era español.

En 1543 *Blasco de Garay*, capitán de la armada española, propuso al emperador y rey D. Carlos V una máquina de su invencion para hacer andar las embarcaciones sin el auxilio de velas ni remos, y únicamente por el impulso del vapor. Y segun ha demostrado nuestro erudito y celoso compatriota el Sr. D. Martín Fernandez Navarrete, consta que en 17 de junio de dicho año se hizo la experiencia en el puerto de Barcelona en un buque de doscientas toneladas que tenia por nombre la *Santísima Trinidad*. Pero este admirable descubrimiento permaneció sin resultado, como es uso y costumbre en nuestra nacion, donde tan desdichados solemos mostrarnos con los que apartándose del camino comun, anuncian á nuestros entendimientos una nueva verdad.

Los franceses dicen que Salomon de Caus en una obra impresa en 1615 habló largamente de la influencia poderosa del vapor, y describió algunas máquinas movidas por él, y el italiano Branca, en otra obra posterior, también trató de este asunto. La obra inglesa del marqués de Worcester, que generalmente es conocida por el título de *Century of inventions*, da tambien la descripción de una máquina de vapor, y otros muchos mecánicos y escritores ensayaron y describieron repetidas pruebas de aplicación de aquel agente, hasta que el escocés James Watt, nacido en 1736, introdujo en ellas tales mejoras que casi está reconocido por su principal inventor.

Hacia el fin del año de 1807 los habitantes de Albany (en los Estados-Unidos) agrupados á las orillas del Hudson, se divertian en mirar, no sin permitirse algunas chanzonetas mofadoras, una pequeña embarcacion sin velas ni remos, aunque provista de un cañon vertical que exalaba humo por su abertura superior, y auxiliada por entrambos lados con dos ruedas de paletas, semejantes á las de un molino. Pues este juego, al parecer sin consecuencia, era la aplicación del vapor á la navegacion, y el hombre que la hacia y que excitaba la sonrisa de los espectadores, era *Fulton*, á quien hoy reconoce el mundo por uno de sus mas benéficos géneos. ¿Quién hubiera dicho á aquellos sencillos habitantes que de allí á treinta años aquel miserable esquife ascendido á navio de tres puentes, les llevaria en quince dias á los habitantes de la Europa! Tal es la marcha de nuestro siglo; las novedades se suceden, y lo que hoy es objeto de risa mañana puede serlo de admiracion. Y no es solo el vulgo el que suele reirse de las verdades que no comprende. Todavía podemos leer los epigramas que inspiraba por aquella misma época á Walter-Scott la idea del nuevo alambrado por el gas, y á los dos años la respetable *Oil-Gaz-Company* vino á poner en sus menos el título de su administrador.

Pero si hay espíritus cuya prudencia se reusa á creer los progresos de las ciencias, también hay otros que por una especie de inspiracion alcanzan de muy lejos su futuro vuelo, á riesgo de pasar por visionarios entre sus contemporáneos, y uno de ellos fue Fisch, de Filadelfia, que declaró en 1788 que llegaría un dia en que el vapor del agua pondría en comunicacion al antiguo con el nuevo continente. No hay que extrañarlo; las ideas una vez engendradas en la mente humana, necesitan algunos años, siglos á veces, para desarrollarse y nacer á la luz.

Sea lo que quiera de las tentativas hechas anteriormente, hemos visto ya que Fulton, de Nueva-York, fue el primero que aplicó el vapor en 1807 á una embarcacion destinada á servir á los intereses mercantiles. En Inglaterra el primer barco de vapor se construyó en 1812 para navegar sobre el *Clyde*, y se llamaba *El Cometa*. En los años siguientes se construyeron varios para entablar la comunicacion entre Yarmouth y Norwich, pero hasta 1821 no pasaban de la fuerza de 80 caballos; hoy son muy frecuentes los de 140 y 200 caballos; y la construcción se ha multiplicado en términos que cuenta la gran Bretaña mas de 600 buques de vapor de todos tamaños.

Pero tocaba al nuevo mundo aprovecharse mas eficazmente de esta aplicación que le pertenece, y entregado esclusivamente al desarrollo de su prosperidad industrial, mientras que la Europa lucha aun con los dolores de su parto político, los Estados-Unidos han elevado al mas alto grado la navegacion por el vapor. Y era en verdad el mas grande beneficio que pudieran recibir de la ciencia; separados por grandes espacios, en una inmensa estancia de territorio, cruzados por rios y lagos gigantescos, necesitaban de este prodigioso medio de comunicacion para dar fuerza y centro á su union nacional. Hoy se cuentan mas de 400 barcos de vapor solo sobre el Mississippi, y unos 50 sobre el lago Erie; por este dato puede juzgarse del admirable progreso de aquella region en este punto.

En el vecino reino de Francia pasan ya de ciento los barcos de vapor de diferentes portes, y hace ya algunos años que los paquevates ingleses, napolitanos, austríacos y sardos cruzan el Mediterráneo, desde Gibraltar á Constantinopla, y pasan en comunicacion á Lisboa con Inglaterra, estableciéndose diferentes compañías que rivalizan en la comodidad ofrecida á los viajeros y en la baratura de los precios de transporte.

Si ha de designarse á cada época ó siglo con un nombre particular, hijo del pensamiento que la domina, no podremos calificar al nuestro bajo otro título que el de *siglo del vapor*. La Providencia parece haber decidido que los pueblos en adelante deben comunicarse y confundirse en uno, y parece haber escogido el vapor como causa principal de esta maravilla. En la tierra los caminos de hierro, y en el agua los buques de vapor, completan ventajosamente esta idea, y responden al gran pensamiento que pareció anunciar la invencion de la imprenta. En tanto que aquellos ponen en comunicacion directa los pueblos mas apartados de nuestro antiguo continente, estos cuidan de estrechar también los lazos que le ligan al nuevo mundo. Ya la Inglaterra por su comunicacion entre Londres y Bombay por Suez, el Austria por la navegacion del Danubio, esta gran arteria de la Europa, han puesto en relacion íntima al Oriente con el Occidente. La travesía de Londres á Bombay, que antes exigia por el Cabo de Buena esperanza cuatro meses á lo menos, ha quedado reducida á treinta ó cuarenta dias por los barcos de vapor del Mediterráneo y el mar Rojo, y gracias á la enérgica voluntad de Méhemet, aun se abreviará esta comunicacion con el establecimiento de un camino de

hierro en Suez. Allí, cerca del desierto, en el seno de la antigua cuna de las ciencias, el vapor va bien pronto á desplegar sus maravillas, y 18000 árabes preparan ya un camino expedito á los productos y á los hombres de la civilización Europea. Finalmente, un mes separa hoy tan solo á Mursella de las orillas del Ganjes, y los últimos viajes del *Sirius* y del *Great Western* acaban de poner á Londres y Liverpool ó catorce días de Nueva-York.

En medio de tan rápidos adelantamientos hechos por las demás naciones en este y en otros puntos capitales, nuestra desgraciada España ha permanecido simple espectadora del vuelo prodigioso de una invención que adivinó el primero uno de sus hijos; y dos ó tres barcos pequeños sobre el Guadalquivir y otros tantos sobre la costa cantábrica son los únicos de este género sobre cuya popa se vé flotar el pavillon nacional. ¡Y sin embargo, después de la Inglaterra, no hay nación alguna poseedora de mas ricas colonias, ninguna tan ventajosamente situada entre ambos mares para llevar á las mas remotas regiones los frutos naturales y los adelantos de la industria Europea!

## EL LAGO DE CARUCEDO (1).

TRADICIÓN POPULAR.

L

### LA PRIMER FLOR DE LA VIDA.

Fuérmele suerte en lo mejor avata,  
Sombras fueron de bien las que yo tuve,  
Escuras sombras en la luz más clara.

HERBERA.



En los últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monjes Bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recado que forma en el día el lago de Carucedo por entre norte y ocaso, y á la jurisdicción y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenían á buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasías del poder no habian costado una lágrima á ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todas y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecían sino que para eso solo los habia juntado allí la suerte, pues que ninguno habia nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos. Del jóven que tenía por nombre *Salvador*, solo se sabia que siendo aun rapazuelo y con no poco recato habia llegado á la portería de San Mauro en compañía de un viejo, el parecer escudero, y desde entonces y sin otra recomendación que una carta sigilosa para el abad, habiase criado á la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas partes y generosa índole el amor de los religiosos y en especial del venerable Fr. Veremundo Osorio, su santo prelado. Habia cobrado este un cariño verdaderamente paternal al jóven *Salvador*, y ora dimanase de esta sola causa, ora

ajustase su conducta á las reglas de la ya mencionada epistola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicación de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale además en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cuapido esbadero y buen soldado. Y era así, porque en verdad que nunca alma mas noble animó tan varonil y hermosa figura: nunca corazón mas valeroso latió en el pecho de un hombre. Tacábanle sin embargo los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones; pero nadie se lo llevaba á mal, porque los mas discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demás disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El origen y calidad de *María*, que así se llamaba la doncella que amaba nuestro *Salvador*, no era menos obscuro ni dudoso. Allí habia llegado con una anciana, de nombre *Ursula*, que se decía su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincón de la tierra, habiábase establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes y además un escaso rebaño que la jóven *María* apacentaba en aquellos recuestos. *Salvador*, que sin tregua perseguía los animales montaraces, la vió y amó en la soledad; y esta pasión que como una flor crecía al manso ruido de las cascadas y entre el murmullo de las arboladas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazón de entrambos profundísimas raíces.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron á oídos del anciano *Osorio* tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida: pero la habitual y melancólica distracción en que vino á caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarles que alguna profunda espina estaba clavada en su corazón. Porque es de notar que el alma de nuestro *Salvador*, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo á las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porvenir la inocente y crédula *María*; antes habia acostumbrado á la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condición, y sbrumado además con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar á cierto misterioso papel que el abad guardaba; en su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millon de recelas é modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba no obstante cada día mas, porque si es dulce cosa el amor á los veinte años, en un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen *Osorio* que solo habia llegado al puerto de quietud al través de los escollos y tormentas de las pasiones, leía harto claro en la frente de aquel jóven el origen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él habia derramado con mano pródiga, y que ya comenzaban á dar tan abundantes como sazonados frutos, ponian su alma al abrigo de toda inquietud en punto á los intentos de *Salvador*; porque bien sabia que sus sentimientos podrían acarrearle en buen hora la desdicha, nunca empero la deshonra; no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un día al caer el sol por la huerta del monasterio, tendida á la sazón por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar á plaza tan delicado asunto, porque la conversacion fue larga, agitada y misteriosa. Volvian ya lentamente á la abadía, cuando antes de en-

(1) Véase el Semanario del domingo anterior.

trar se oyó que Salvador decía con respeto al abad:—Si, padre mio; cuanto me habeis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mí enteresa reclamais, y a hace tiempo que lo tengo por resuelto, porque bien sé que el honor es de mas subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneracion filial que os debo, me mandan aguardar el fallo del terrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y mas imposible aun que vos me lo ordeneis. Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo mas corazones que á mí se inclinen que el de un viejo cercano ya del sepulcro, y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad, el otro día soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me vi en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buscaba el corazón de mi enemigo.—El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando, y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba á la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fue aquella noche para el enamorado mocebo, que apenas vió los primeros destellos de la aurora blanquear en el Oriente, con el arco á la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada, donde solia ir María á apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas cuanas, de desnudos alcornoques y de urces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubria, entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora fresca y galana sobre todo enardecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogia sus cabellos de chamo, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonrosaba su cuello de cisne, y su plugada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debia de pensar sin duda en sus amores, pues acariciaba con distraida mano á su leal perro y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba á su encuentro, cuando por cima de las rocas que en frente de la gruta se extendian, acertó á ver el viento una pluma de águila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazón al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la desquiciada niña. Conoció al punto Salvador, que harto conocido habian hecho á aquel hombre sus desafueros por todas las ceremonias; pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus labios se escaparon confusamente no se que palabras que así parecian arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolucion firme, inexorable y duradera. Entonces fue cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto zhiuco le encareba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse despues en la espesura, y á poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba á recoger los dispersos cazadores.

Púsose á pensar entonces en su situacion nuestro valiente mozo, y como por una inspiracion súbita se le viniesen de tropel á la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Ursula, que revelaban no sé que misterios de

persecucion y amargura, resolvióse á dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que á nadie; pero como su corazón acostumbrado á mostrarse todo entero á los ojos de María, difícilmente podria recatarse el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse á no hablarla en aquel día. Por otra parte ocupaban su imaginacion negros recelos é inquietudes: así fue que se quedó rondando á manera de vigilante sabueso hasta la caída de la tarde, en que su amada recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza al reductor cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla á lo lejos su apesadumado amante, hasta que la vió desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar á la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque habia un bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos, envueltos en los primeros vapores de la noche; solo el castillo de Cornatel, gracias á las líneas rigurosas de sus muros y á su situacion que le hacia descollar sobre el fondo obscuro de los montes lejanos, parecia aun claro y distinto.



Todo este paisaje miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgrenado.—¿Cómo así, Salvador? le preguntó Osorio sobresaltado; no parece sino que has recibido alguna herida mortal, según lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mio, respondió este; mi sueño no era una mentira sino un presentimiento de mi leal corazón. Su fantasma ha tomado cuerpo á mis ojos y me la quiere robar.

—¿Cómo! interrumpió el abad asombrado, ¿hay por aquí quien se atreva á semejante desmán? ¿No saben que á mi hábito de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Estendió Salvador el brazo hacia el Oriente, y le mostró la masa del castillo de Cornatel que todavía se alzaba á ver en la cresta de la montaña.

—¿Don Alvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! exclamó el religioso con espanto.

—El mismo,—replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado á entender la firme resolucion que alimentaba su alma.—Hubo entonces una breve pausa, y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia dolorosamente trabajado por amor de sus hijos; y al hombre de las pasiones y de la juventud sereno y tranquilo, como quien ha llegado á una de aquellas situaciones extremas y solemnes, en que es imposible volver atrás la planta. El abad fue el primero á romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? le dijo ya con calma.

— Ha pensado, respondió este mirándole con sus ojos garzos y rasgados fijamente, que soy hombre, amante y caballero, sino por mi alcurnia, á lo menos por mi corazón.

— Y por tu alcurnia también, repuso gravemente Osorio; que puesto que tu nacimiento sea también un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cordeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vió y le dijo:

— Escucha, hijo mío, estamos á la boca de la caverna del tigre, y si comparamos las nuestras con las suyas, mas desvalidos y flacos nos halláramos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devoción y bando del poderoso conde de Lemus, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda multitud de hombres de armas de su guaración, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos á parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perdería sin remedio.

— Pero, señor, replicó el mozo, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

— Ni aun eso queda, contestó el santo abad: los vicios han empedernido su corazón y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo á hilo en la noche su humillación y desventura, como el antiguo profeta; y á modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que también es mi Dios.

— ¿Y María? repuso con angustia Salvador.

— Fíate de mi prudencia, contestó el religioso, porque si algo llegase á entender la pobre Ursula, tengo por cierto que ni tu misa o sabris el paradero de las dos y las perderías para siempre.

Al otro día muy de mañana el santo abad con su báculo y su diurno emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso á la puerta de Ursula, y entrando por ella con no poca estrañeza de las dos mujeres, como viese á la doncella á punto de salir con su hato, apartó un poco á la anciana y le dijo con sosiego:— No dejéis salir á María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorio de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.—

Aunque el acento del piadoso varón rebotaba tranquilidad y calma, no por eso dejó de mirarle con ansiedad mientras hablaba aquella mujer.— Padre mío, le preguntó con zozobra, ¿nos amenaza algún nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Sería cierto que nos vamos asomadas á un abismo?

— Con que según eso, repuso el prelado sonriendo con cierto aire jovial, ¿en abismo nos convertís á mí y á mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedarnos muy obligados por la transformación.— Y viendo que ni aun así quedaba tranquila, añadió con gravedad:

— Por ahora no hay que temer, porque estáis bajo mi guarda y amparo:— y en seguida enderezó sus pasos hacia el castillo de Cornatel. Hacía poco que había salido el sol cuando se puso á trepar el agrio repecho á cuyo término se levanta aun en el día esta fortaleza; y cuando llegó á la barbacana ya estaba bien alto. Los ballesteros que allí

estaban de guardia, cuando vieron llegar á un religioso solo con su bastón de peregrino, apresuráronse á franquear la puerta, y su comandante cruzando con él el puente levadizo, y guiándole por una estrecha y oscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenían en jugar á las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabrimiento al saludo del abad, y pidiéndole después uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin ocuparse mas de su huesped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron á su tarea. A poco rato volvió el mensajero é introdujo al abad en el aposento de D. Alvaro.

— ¿Qué diablos trae por aquí semejante ahejaruco? preguntó uno de aquellos perdonavidas; ¿será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta que has hecho de introductor, di, hombre, ¿qué gesto puso don Alvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

— El mismo que pones tú, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar á poner tres en raya una sola vez.

— ¿Con qué es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazón? replicó con alegría Boca Negra; sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis urejas, que si al capitán se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que había de ser de nosotros.

— Sin embargo, ¿quién sabe, repuso otro, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladrón? que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega ¡mal pecado! ni á la suela del zapato del buen ladrón.

Rieron los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile si otra vez volvía, por una ventosa que daba á un precipicio de mas de cien varas, y volvieron á su juego.

Abrióse por fin después de largo rato la puerta del aposento de D. Alvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambas venían alterados, si bien el de D. Alvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañóle el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí fríamente volvióse el uno á su recámara y el otro salió paso á paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó á casa de Ursula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase á pacer su rebaño, lo llevase á las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vías amistosas aquel litigio se arreglase. Tenían ambas mujeres ciega confianza en las virtudes del abad, y así se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponía entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al atrio de S. Mauro, donde ardiendo en inquietud y vivas ansias le aguardaba Salvador.

— ¿Qué nuevas traéis, padre y señor mío? le preguntó con acento turbado, súndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas á vista de su apesadumbrado continente.

— He saltado mi voz en el desierto, contestó el anciano

no, y ni aun en aquellas hórvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas; y harlo claro me ha dejado ver sus inicuos planes. Salvador, dijo después resueltamente, el honor de María corre peligro aquí, y es preciso que se marche.—El joven se retorció las manos de desesperación.—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo, continuó el santo abad, pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumir su perdicion. Así que, mañana al romper el alba mandaré un correo á mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar á los reyes en la guerra de Granada, y pedirele que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender á María y á su madre en su viaje, y sacarla de las garras del leon. En tanto, aunque no es de sospechar que á nuestros mismos ojos suceda ningun desmán, tu deber es guardar á la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.—Dicho esto partió aquel santo varon á encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo, «repitió Salvador, y que la mengua y el uprobio caigan sobre el que solo se atreve á desamparadas mugeres.»—

Rayó la luz del siguiente dia y ya el mensajero de Osorto campaba la vuelta de Carracedo, cuando salía la jóven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indiferencia de su amante, mientras este por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba á un encumbrado pico que llamaban los naturales la *Espera del Corzo*, y que señoreaba todo el pais. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina había un delicioso prado natural, de umbríos castaños y espesas matorrales garroncido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecía aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el *Campo de la Legion*, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella tierra. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legion apareció un rebaño y detras de él una muger de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja.—¡Es ella!—

—Sentóse la niña á la márgen de la fuente, y con pensativo y triste ademán púsose á mirar las frescas olas que entre la yerba se perdian: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embobado, y sin embargo, atento á su seguridad antes que á los impulsos de su propio corazon, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados: pero solo vió aldeanos desparramados por los montes que sin duda iban á hacer leña. No dejó de llamarle la atención su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Así se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde, cuando Salvador viendó que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto, y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir á consolar la pena de María, y torciendo á la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya mesa se extendía el Campo de la Legion. Comenzaba á trepar su blanda cuesta, cuando llegaron á sus oidos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salian, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desalado á los matorrales que guarnecian la pradera, y se quedó confuso al ver á Don Alvaro. ¿Por donde habia venido?.....pero ¿qué le importaba saberlo? ¿no lo tenia allí á solas? Así es que en

aquel punto le pareció mas hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada á los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba este en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, desbecha en llanto, con los cabellos en desórden y la toca caída, desolada y arrastrándose de rodillas, solo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo mas sagrado.—¡Oh! por Dios, por Dios santo, noble caballero, le decia con angustia, saltadme, ¿qué hora sacareis de atropellar así á una pobre muchacha, vos que debias protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?...saltadme por amor de vuestra madre, por amor de la mia que se morirá de verse sola!....saltadme y toda mi vida rogare por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuisteis generoso, y de que os dolisteis del desvalido!.....

—María, respondió el caballero alzándola del suelo con violencia; te amo tanto, que antes que sin tí volviera sin vida á mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentís! repuso la doncella encendida en cólera; villano! mal caballero! Salvador, Salvador mio, gritó con desesperación, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—Aquí estoy! respondió á su espalda una voz bien conocida.—Saltó D. Alvaro á la niña que casi exánime fue á caer á los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y exclamando:—El corazon me lo daba! El corazon me lo daba que no me saltarian Dios y tu brazo, vida mia!....

—Ahora piensa en tí, contestó Salvador: por la encañada de los ruseñores vas segura y desenvocarás en el convento: ampárate de sus muros que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin tí, replicó ella: aqui moriremos juntos. —No es tu vida lo que buscan, sino tu honra, dijo Salvador. Huye, añadió con angustia, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que talas en sus manos, yo mismo te daría de puñaladas.—La doncella huyó.

Quedáronse frente á frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de D. Alvaro habia un capote de aldeano que esplicó á nuestro jóven el misterio de esta aventura. Por alívez callaba el caballero, y Salvador callaba tambien, porque apenas era dueño de los extraños ímpetus que arrebataban su alma. Reportóse sin embargo como pudo, y dijo á su rival:—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Solos estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? le preguntó Revoltado con ironía.

—Sí á fé, contestó sin descomponerse Salvador; y prueba de ello es que pude y aun quizá debí pasaros en claro y á mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara á cara.

—Voy á llamar á mis acqueros para que os prendan, y os hagan volar desde el mas alto torreón de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, segun dicen, un agua tan fresca, que allí podreis templar vuestra cólera.—Aunque Salvador tenia el arco armado, dejóle hacer; y aplicando el caballero su cuerno de caza á los labios sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.—Bien está, dijo entonces.

—¿Con qué tenéis miedo? repuso Salvador prorumpiendo en sardónica y destemplada carcajada. ¡Vive Dios que me maravilla! porque en este mismo sitio acabais de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo que el mismo Lancerote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaucion es cuerda, porqu

nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazón, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van á tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como yo el mío, y armas iguales, y á prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardeis, vive Dios, porque, como decimos por aquí los villanos, de hombre á hombre no va nada.—

—Perro! dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro;—y diciendo y haciendo se fue para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad peleaban con igual esfuerzo. Ya hacia un rato que batallaban sin ventaja, cuando á raíz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.—Tu fin se acerca, dijo Don Alvaro.—Y el tayo llegó ya, respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra á su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.—¡Socorro! socorro! gritó don Alvaro revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudían á dársele y Salvador huía por el opuesto lado.—¡Socorro! confesion! repetía con ansia; y en esto se le cortó el hábita y espiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.—Por allí se escapó el asesino, dijo uno de los arqueros.—Es Salvador el de la abadía, repitieron dos á un mismo tiempo; y asomándose todos allí, ya no vieron á nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.—Y María? le preguntó, ¿dónde está María?

—¿Qué es esto, Salvador? exclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones la contó Salvador lo ocurrido.—Huya, dijo entonces el abad, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la *Palomera*, que esta misma noche iré á buscarte y á llevarte noticias de María. Sin aguardar á mas salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca y por un valle que llaman en el día *Foy de Barreira*, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigian pausadamente á Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serian cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la *Palomera*.—Salvador! dijo.—¿Quién me llama? respondió este.—Yo, respondió el afligido abad. Hijo mío, añadió, cumplieronse mis desdichados pronósticos: Ursula y María han huido sin llevarse mas que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte tu no puedes permanecer en el país, porque los arqueros de D. Alvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.—¿Con qué, es decir que en un mismo día pierdo todo cuanto amaba en la tierra? contestó Salvador.—Todo, respondió aquel varon piadoso, menos la honra y el amor de nuestro padre comun que está en el cielo.

—Salvador sallozaba en la sombra, y el viejo sentia partírsele el alma.—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carraceda? preguntó por fin el jóven.—Este noche han llegado.—¿Y cuando parten para Andalucía?—Mañana volverán á su monasterio y pasado saldrán de allí la vualta de Córdoba.—Con ellos me voy, padre mío: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trechas y veredas desusadas llegaron á la abadía. A la mañana siguiente antes de rayer el día salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las li-

grimas y bendiciones del buen abad, amen de un bolsillo bien provisto que segun dijo le habian entregado al confiarle su educacion. Cuando llegaron á la cima del Monte de los Caballos volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban á su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demas parecia borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados exclamó:—¡Oh! ¿cuándo volverán á mi corazón la frescura y verdor que se han caido de él?—Enjógose en seguida las lágrimas, serené el semblante y apretando los hijares de su palafren, fue á reunirse con los soldados.

ENRIQUE GIL.

## LA FERIA DE BEAUCAIRE.



Beaucaire, situada sobre la orilla derecha del Ródano en el extremo del puente Lequino que la une con Tarascon, es bastante menor que esta última ciudad, con la cual tiene muchos puntos de semejanza que resaltan á primera vista. En frente del castillo de Tarascon, sobre una eminencia á la izquierda, tiene tambien Beaucaire un castillo, donde van á visitar los extranjeros una capilla que fondó S. Luis al pasar por Beaucaire para ir á Aguas Muertas, donde se embarcó para la Tierra Santa.

Seria Beaucaire una ciudad desuada de toda importancia á no ser por la feria que se celebra en ella todos los años. Esta feria asciende á una época antiquísima. Cuando la civilizacion no habia facilitado todavia las relaciones comerciales; cuando crecian los mercaderes de todas las ventajas que les dan en el día la seguridad de las correspondencias, los adelantos de la legislacion y el uso de las letras de cambio, eran estos mercados de absoluta necesidad, puesto que en ellos, como en las bolsas actuales, se reunian los mercaderes de todos los pueblos cercanos para negociar en una semana las especulaciones de todo un año. La feria de Beaucaire, como otras muchas en Francia y en Europa, ha sobrevivido á causa de su importancia especial á las necesidades generales que presidieron á su establecimiento.

Hacia fines de Junio, Beaucaire, silenciosa é ignorada durante todo el resto del año, se anima repentinamente de un modo extraordinario. A las orillas del Ródano se extiende una vasta llanura cercada de árboles, donde se construyen 400 barracas para depositar en ellas las mercancías. La ciudad se prepara á recibir en su seno el comercio que va á invadirle; los habitantes desocupan sus habitaciones, y se acomodan como pueden en los caramanchones y en las boardillas, porque las casas, que durante el resto del año valen apenas cien escudos (300 francos), se alquilan á veces por 1000 francos cuando llega la época de la feria. Por eso los comerciantes de Leon han comprado de algun tiempo á esta parte muchas casas en Beaucaire.

Las mercancías llegan en los primeros dias de Julio,

y el 21 á media noche, conforme á una antigua costumbre, anuncia un cañonazo la apertura de la feria; pero ya para esta época se han efectuado las mas importantes especulaciones, y todas las casas fuertes han hecho sus transacciones. Sin embargo, desde el 21 hasta el fin del mes, término de la feria, siguen haciéndose ventas considerables, y empiezan á acudir los compradores y los curiosos: entonces empiezan á abrirse los almacenes, y el espectáculo de la feria aparece en toda su magestad. Imposible nos sería dar una idea exacta del aspecto que presentan entonces Beaucaire y las orillas del Ródano.

Todas las mercancías del universo tienen un depósito en esta feria. Las tiendas de la ciudad no contienen mas que tejidos; cada calle está destinada á la venta de un solo objeto de comercio, como las sederías de Leon, las cintas de St. Etienne, las indianas de Ruan, los paños de Sedau, de Elbeuf y de Louviers.

En las orillas del Ródano se establecen los genoveses con sus futas secas y sus pastas; los perfumistas de Grasse, los cervecedores de Leon, los jaboneros y cordeleros de Marsella, los especieros de Levante y los destiladores de Languedoc. En la pradera estan amontonadas las hierros de la Borgoña y del Borbonés; las maderas de Córcega, y las pieles del Norte; los cobres, los tarros, las sillas, los cueros, las máquinas y los instrumentos aratorios, las armas, los coches, los caballos y las mulas.

Las alamedas situadas entre la pradera y el Ródano contienen las mas elegantes y delicadas mercancías de la feria, como objetos de quincalla, de platería, de modas, cristales, porcelanas, libros, grabados, perfumes de Oriente, juguetes de Alemania, bronce, muebles, tapetes y todo lo que tiene relacion con el lujo y con las artes. En medio de todas esas mercancías circula una inmensa multitud de personas de todas clases, de modo que la feria presenta el aspecto, no solo de un mercado sino tambien de una fiesta.

Las poblaciones enteras de Nimes, de Aviñon, de Aix y de todos los pueblos y aldeas cercanas á Beaucaire acuden á esta solemnidad, y forman un brillante concurso, en medio del cual descuellan por su hermosura las jóvenes de Montpellier, y las de Arlés por su tocado. Las aristocracias de Aix y de Arlés, tan orgullosas ambas, y tan ufanas de su nobleza, vienen á saludarse en este terreno comercial. Los banqueros de Leon y de Marsella, los agricultores de Vancluse y los de Camarga discuten allí sus recíprocos intereses. Los mariseros de Tolon, acostumbrados á ver toda especie de espectáculos curiosos en los diferentes países del mundo, confiesan que no han visto cosa semejante en ninguno de sus viajes.

Durante la noche, sobre todo, es cuando presenta la feria un aspecto hermosísimo. Entonces se interrumpen los negocios, y nadie piensa mas que en pasearse: la ciudad, el Prado, las alamedas, la playa, todo está iluminado; la concurrencia se estiende por todas partes, alegre, rápida y bulliciosa: los clamores desaparecen bajo la estrépitoso música de los saltimbanquis y charlatanes, que nunca dejan de alegrar con sus habilidades la feria de Beaucaire. Esta hora es la mas propicia para las tiendas

de objetos agradables y de lujo, porque entonces empiezan los regalos y las galanterías. Pero es lo mas gracioso en esta turba tan alegre y tan animada, que la mayor parte de las personas que las componen no saben donde pasarán la noche, porque el que no ha tenido cuidado de asegurarse un asilo muy de antemano, corre grave peligro de dormir á cielo raso.

Beaucaire está lleno de mercancías, y apenas puede contener algunos pocos mercaderes: entonces Tarascon es el único refugio que se presenta para los mercaderes y los curiosos; pero sería menester que fuera 20 veces mayor para contener la afluencia de los que le piden asilo. En estas críticas circunstancias todo se convierte en casa; los coches y las carretas sirven de alcobas; los barcos amarrados á las orillas del Ródano se transforman en posadas, y para el que no tiene la fortuna de hallar uno de estos asilos provisorios, todo se reduce á pasar una noche de Julio bajo el sereno cielo de la Provenza.

En todas épocas ha sido muy frecuentada la feria de Beaucaire. Nunca ha prosperado mas que durante las guerras del imperio, porque entonces el comercio no tenia salida en el extranjero, y circulaba por consiguiente con mayor actividad en el estrecho espacio á que se veía reducido. En 1814 y 1815 fue la feria de Beaucaire una especie de tregua en medio de las conmociones que agitaron el Mediodía. En 1830 disminuyó algun tanto su actividad la llegada repentina de la revolucion de Julio; pero en 1832 influyó muy poco el cólera en esta feria, á pesar de que algunos malévolos extendieron la voz de que se habia desarrollado en Leon esta funesta plaga. El año pasado fue muy brillante la feria: las mercancías que han tenido mas despacho son los paños, los jabones y los hierros, como tambien los vinos del Ródano y los de Vancluse.

El domingo que precede á la feria el prefecto del Gard va de Nimes á Beaucaire y da un magnífico baile. En los últimos dias de Julio va disminuyendo progresivamente con suma rapidéz la afluencia de los curiosos y de los compradores; los mercaderes cuejanon los pocos efectos que les quedan, ó bien para evitar los gastos del transporte, los ceden por poco dinero á algunos hábiles especuladores que esperan á este momento para hacer sus compras. Desde el 1.º de agosto se empieza á deshacer las barracas; la ciudad de maderas desaparece, y la de piedra vuelve á sepultarse en su silencio y quietud habituales. ¡Beaucaire entonces se entrega á sus 11 meses de descanso! Pueblo dichoso, que gosa en un mes con que vivir todo el año.

Para dar una idea del inmenso concurso que acude á y la feria de Beaucaire, y de la suma de dinero que hace circular esta feria, bastará decir que el puente Leguina, sobre 80,000 francos que produce al año, da 50,000 durante los 15 dias que dura la feria.

En cuanto podamos juzgar por las pocas noticias que nos han llegado hasta ahora, parece que entre los artículos que han de tener mas salida este año ocupan el primer lugar los cueros, los objetos de modas y los paños. Es indudable sin embargo, que puesto que el comercio ha quedado muy satisfecho del resultado de las ferias anteriores, todos los objetos habrán tenido bastante buen despacho sin excluirse los unos á los otros.

